

tarde en tarde sus breves y preciosos ensayos era ya, entonces, de una extraordinaria pureza. Menos suave que el de Reyes, obedecía a una arquitectura interior más estricta y, a diferencia de aquél, se gozaba no en ocultar sus dificultades bajo una sonrisa de exquisito diletantismo, sino en superarlas, haciéndolas más visibles y adornándose, como con una gracia más, con el recuerdo constante de su limitación. Espíritus de tan atormentada calidad no suelen ser muy fértiles y es así como Julio Torri no ha enriquecido el caudal de la literatura mexicana sino con un breve volumen de *E n s a y o s y P o e m a s*. ¡Pero cuántas otras más copiosas contribuciones no daríamos a cambio de esta sutil alforja en que los manjares más raros y el más añejo vino se conservan para la curiosidad y el deleite del conocedor!

En años en que el único género de poemas en prosa imitado en México era el de Baudelaire y Aloysius Bertrand, Julio Torri logró modelar pequeñas obras maestras, absolutamente originales, que debían poco a estas dos influencias y que estaban ya—por el espíritu y por la intención—más cercanas de Max Jacob que de Garpard de la Nuit.

Martín Luis Guzmán fué otro de los miembros del Ateneo que había de destacarse, después, con relieves muy firmes. Su primer libro, *A Orillas del Hudson*, reunía crónicas amables de pensamiento, junto con pintorescos apuntes de viaje y notas inteligentes de crítica, pero el escritor no ha-